

los perfumes, parecían á mi instinto consecuencia del carácter autoritario, de la energía increíble y de la vehemencia característica de mi padre.

Recuerdos análogos conservo de relaciones parecidas entre cada una de las personas de mi familia y su carácter, de las habitaciones y hasta de los muebles de la querida casa paterna, y cuando nuestras ciudades antiguas se ofrecieron á mis ojos con todo el interés del pasado, me pareció sentir y ver ante los edificios históricos multitud de cosas, todas dignas de estudio, todas sagradas, por revelarme en su aspecto, en su color y matices estrechísimas relaciones, cercano parentesco entre la vida que me anima y la que revelan exteriormente y acogieron en sus ámbitos, de los que nadie podrá desterrar los fantasmas de seres y cosas que parecen haber dejado tras sí un eco de sus huellas, de su voz, de

sus pasiones; un ambiente saturado de ese fluido sutil que jamás se desprende de donde se alberga la vida animal.

Hablan las cosas de todo lo que fué y de lo que es, en todos los tonos, con todas las palabras imaginables y á veces con ruidos tan suaves y vagos y de tan difícil interpretación como los del crepúsculo. Pero donde sus bocas tienen más encanto, donde el continuo incesante parir más interesa, es en las calles solitarias de nuestras antiguas ciudades, en las que al palacio carcomido suceden las tapias de un jardín rebosante de añosos árboles que cubren las aceras de húmedas sombras; á éste una ermita por cuya claveteada y reluciente puerta han entrado y salido muchas generaciones con sus angustias, regocijos y dolores; á ésta el caserón de un hidalgo con su escudo en la clave, y así hasta terminar la tortuosa vía, plagada de reliquias en

cuyos entrantes y salientes producen los dorados rayos del sol efectos parecidos á los que se nos ofrecen al abrir un ratonado códice con las páginas sembradas de doradas iniciales, lamparones de vejez y caracteres ininteligibles.

.....

LA CORDOBESA

LA CORDOBESA

Sobre Córdoba flama el ardiente sol del Sahara. Sus torres, chapiteles y palmeras señorean las calmas abrasadoras de sus siestas con Córdoba

el temblor que la inflamada atmósfera de Fez comunica á sus minaretes, con la movilidad que un hábito de rescoldo imprimiría en sutil encaje.

Córdoba sufre los rigores del frío que paraliza la savia y encarcela la vida vegetal en el inviolable seno de los gérmenes. Córdoba es como una aleación imposible del sol ecuatorial y el frío del bóreas, y comunica á cuanto en ella nace y vive el feliz equilibrio entre la regocijada y alegre vida meridional y la calma del Norte.

La cordobesa es un rayo de sol ardiente recogido en la fresca y pálida corola de una magnolia.

*
* *

Perdóname, Córdoba, si cuento á los extraños cómo eres en el misterio de tus hogares, cuyo cristiano espiritualismo brilla en el seno de la voluptuosidad oriental, importada por el beduino, que á las márgenes del Guadalquivir se olvidó del desierto y de sus tiendas, levantando alcázares y mezquitas con el propósito de que le sorprendiera en tu incomparable tierra la trompeta del Arcángel.

*
* *

No busquéis en Córdoba el tipo de la locnaz sevillana, cuya ingeniosísima, alegre é inagotable charla tiene la fuerza persuasiva que no

alcanzarían todos los oradores juntos, y la gracia fácil y espontánea de una niña con los encantos de esplendorosa belleza.

No busquéis el de la malagueña, que, comprendiendo en su persona todos los almibares, posee una gracia agresiva, voluptuosidad que trastorna y subyuga, inspira miedo con su arrolladora sandunga, y se hace desear con sed hidrópica. Ni el tipo de la gaditana, cuya innata espiritual elegancia y aristocrática belleza, realizadas por las vaguedades que los horizontes marinos ponen en sus ojos, le dan apariencias de cálido sueño de un *Fortuny* ó azulada visión surgiendo del mar en una noche de luna.

*
* * *

La heredada altivez es como aureola que circunda á toda cordobesa de raza. Tras de esa altivez se hallan en la intimidad dulzuras más exquisitas, cuanto más contenidas en los límites de un recato señorial impuesto por la alta estima de sí misma.

Las pasiones más ardientes, las galas de la imaginación, la gracia desbordante que alarma al hombre; cuantas manifestaciones prodigan la esencia de las mujeres meridionales en torno suyo, se hallan contenidas en la cordobesa por un género de orgullo imponente, despertador de caballeresco homenaje ante la altiva presencia de fuerte y sana organización femenina, dotada de escultural belleza.

Se puede vivir en Córdoba mucho tiempo sin conocer á sus más bellas mujeres. Sus casas, abiertas á los esplendores del cielo y al puro aire de los campos, gracias á los patios y jardines; tal vez restos de las costumbres

orientales de recogimiento casi absoluto de la mujer, ó el espíritu del refrán antiguo, *el buen paño, en el arca se vende*, que reside aún en los clásicos hogares cordobeses, pueden ser las causas de esa reclusión de la cordobesa. Dichoso si al pasar por su puerta la adivinas, tras de la cancela rodeada de flores en su encantado patio; pero esto no basta; ven, lector, conmigo.

*
* *

Es la hora en que, en las noches de Córdoba que justifican las hipérbolas de los poetas árabes, descienden de las serenas alturas pre-

ludios de apasionadas endechas, ráfagas de melancolía y anhelos de felicidad. La luna ilumina un cielo tan azul como el de pleno día, y los aromas esparcen por la refrescada atmósfera el gustoso letargo en que las mismas cosas inanimadas se bañan; hasta las columnas, coronadas de capiteles moriscos cuajados de finas labores de orfebrería, parecen temblar en sus claustrados patios bajo la acción de la enervante atmósfera en que las plantas se despliegan con desperezos de sueño.

Traspasemos la cancela, sorteemos las macetas de este patio, en el que se confunden con el ruido del surtidor de la fuente, los de lejana música y sonoras voces.

Tras del arco frontero por donde se desbordan los alegres ruidos, y sobre la viva luz que ilumina el segundo patio, á donde vamos, se destaca una de sus columnas, su capitel, y el airoso arranque de los arcos de herradura.

Gracias á lo invisible del pensamiento, con el que invadimos la patriarcal morada, podemos contemplar, sin temor de que la presencia real de extraños la altere ni interrumpa, esta íntima reunión de muchachas de rostros pálidos y ojos brillantes, agrupadas en torno del piano.

Todas son hermosas, pero esa que se levanta, la que se apodera de la guitarra reflejando su cara un instante en rancia cornucopia, es el tipo en que deseo que te fijes; alta, esbeltísima, entre morena y castaña, su exuberante y rica cabellera es como el símbolo de la abundancia de su hermosa.

El renuevo, el pimpollo que arranca del tronco vetusto de la oliva y se eleva entre poderosas ramas, no luce con tal sencillez su gallardía, como esta muchacha, para quien el amor de sus padres ha constituido la casa en misterioso templo. Su esbeltez delicada se

adorna con los sabrosísimos encantos que su inmaculada juventud debe al suelo más fértil, al cielo más puro, á las abruptas líneas y suaves lontananzas de los paisajes que rodean á la felicísima Córdoba.

Una sencillez casi aldeana da más relieve á su graciosa elegancia, ostentando en todo su cuerpo algo del libre brio de la cervatilla salvaje, en su rostro la vigorosa dulzura, arisca y aterciopelada á la vez, de las palomas. Oye sus cantares, atiende á sus graciosas palabras y donaires; verás en ella un compendio de cuanto espléndido, gracioso, regocijado y alegre existe en Andalucía. Pero lo más estimable en ella es el sello de intimidad que pone en todo, y dice claramente que tantas gracias no son para en público, que son para inundar de calor sagrado un hogar.

Allí, en el misterio de aquellos palacios y caserones, cuyo patriarcal régimen no han po-

dido alterar usos extraños, es donde se educan las cordobesas cuyo porte de reinas y clásica belleza encienden en amores à un bulto de piedra.

LOS PATIOS DE CORDOBA

LOS PATIOS DE CÓRDOBA

Las llanuras en que se hallan situadas Córdoba y Sevilla permitieron á los árabes reproducir en sus casas y palacios el primitivo plano de los orientales, que griegos y romanos

habían copiado con más ó menos fidelidad en sus moradas.

Desde que nos es conocida, gracias á las últimas excavaciones llevadas á cabo, la historia de la Caldea y de la Asiria, respecto de la cual las de griegos y romanos son de ayer; habiéndose aproximado á nosotros cuanto las remotas fechas de cinco mil años antes de Cristo, de que, según cálculos exactos, arrancan los tiempos históricos de la Caldea, las separan de aquellos remotos orígenes; se impone la evidencia de lo que como vago sentimiento, más que como probada verdad, se ve en los historiadores clásicos y en cuantos escritores modernos convirtieron sus ojos al Oriente, hacia donde *la fuerza de la sangre* parece que arrastró á los pensadores antes que documentos auténticos demostrasen que de aquella patria común de todas las razas parte la luz que ilumina nuestro espíritu.

Allí nacieron nuestros idiomas, religión y artes; de allí arribaron á las playas europeas; y cuantas veces Europa languidece de cansancio, ó por el agotamiento de sus ideales, el Oriente envía sus mesías y profetas, que, como Cristo, renuevan al hombre, inspirándole la más sublime idea de su destino y fin; ó, como Mahoma, después de unir bajo la bandera de un Dios único medio mundo perdido en las groserías paganas y fetiches, impone á Europa con la espada el sentimiento de su unidad.

Hey nos revela el tesoro de sus libros sagrados, que las ruinas de las ciudades caldeas y asirias han guardado durante millares de años, y con ellos los apasionados arranques religiosos, las artes, la política, la navegación, el comercio, el lujo fulgurante, la vida triunfal de una humanidad de vigor y lozanía tales que á través de cincuenta siglos reaniman y confortan, porque el estruendo de una vida